

oido, iba aquella muy hermosa princesa con la doncella de Esplandian, sintiendo en su corazón lo que sienten aquellos que son presos de aquella peligrosa y amorosa yerba, como ya ella lo estaba; teniendo en tanto lo que había de aquel caballero oído, así de hermosura como de gran valentía, que si ella fuese señora del mundo, se ternía por bienaventurada en le ser subjeta. Pues llegada á su cámara, sentóse á la mesa, que ya era tiempo de comer, y con ella la reina Menoresa, que por su aya y por guarda tenía, y las otras doncellas, hijas de reyes y príncipes, y á otra mesa las otras de gran estado, y con ellas la doncella Carmela, donde fueron de muchos y diversos manjares servidas. Pero aquello que mejor sabor y deleite en su comida dió, fué hacer á la doncella Carmela que les tornase á contar mas por extenso todo lo que con el caballero de las armas negras le había acontecido, y cómo siendo ella tan enamorada dél, pensando ser su amiga ó su mujer, se había hecho su servidora.

La doncella les contó en qué forma y manera había todo pasado, del comienzo hasta el fin, que no faltó cosa alguna, y que, como quiera que por el don que el rey Lisuarte le había prometido tuviera muy grande esperanza de casar con el caballero Negro, que despues de le haber conocido y saber su grande estado y linaje, teniendo su pensamiento por contrario y fuera de camino de la razon, se había contentado en que él la tomase por suya, y nunca de su presencia partida fuese contra su voluntad della; que esta merced tenía en mas que ser casada ni amada de ningún rey. En estas razones que habeis oído, y en otras de gran solaz, fué la comida acabada; y levantados los manteles, Leonorina quedando sola con la doncella, todas las otras se acogieron á sus aposentamientos. La Infanta dijo á la doncella: «Amiga, muy extraño me parece que, siendo aquel vuestro señor tan hermoso, se llame el caballero Negro.—¡Oh Infanta! dijo ella, óyeme y verás qué te diré sobre eso. Sábetes que despues de ser conocido de su abuelo el rey Lisuarte, estando con él en su cámara, oyeron una noche antes del alba un tan dulce son en la mar, debajo de las ventanas, que así el Rey como Esplandian y los otros dos caballeros noveles se levantaron de sus lechos, y nunca á ellos pudieron tornar: tanto era suave de oír. El día venido, vieron al pié de la gran torre, en que la mar bate, la gran fusta de la Serpiente, de que no poco alegres fueron. Y desde se vistieron y bajaron por una escalera á una gran calzada, que casi el agua toda la toma en torno, no tardó mucho que, saliendo de la fusta una doncella en un batel, para ellos se vino, trayendo consigo un lio cubierto de seda, del cual sacó unas armas blancas como la nieve, sembradas todas de coronas de oro, las mas hermosas y ricas que nunca jamás rey ni emperador vistió en ninguna sazón; y dijo á mi señor Esplandian estas palabras:—Hermoso caballero, Urganda, mi señora, te envía estas armas, con que despidas aquellas que, en tiempo de tu tristeza te dió, con esta devisa de aquella que, en loor y gloria de su gran hermosura, tu padre se la puso encima de su cabeza. Y así como la triste recordacion de la causa por qué las primeras que te fueron dadas te pusieron en tal coraje y osadía de tan alto comienzo, así

la muy suave memoria destas hará tus medios y fines con muy mas crecido loor.—Y tomándolas Esplandian, dejó las armas negras, con aquel negro nombre que por causa dellas y de su gran tristeza tomado había.»

Oído esto por Leonorina, claramente conoció haberse dicho por aquella corona que el caballero de la Verde Espada, en señal de ser ella la mas hermosa doncella del mundo, sobre su cabeza pusiera. Y aunque mucho procuró por lo disimular, su ánimo fué tan alterado, sabiendo de antes cómo las cosas de Urganda dichas, todas verdaderas salian, y que así aquella lo era, segun la nueva pasion ya la tenía presa, y atormentada aquella inocencia y libertad que hasta allí poseyera; á que la doncella, que della los ojos no quitaba, claramente conoció ser aquella herida la propia suya, de que nunca pensaba guarecer, y díjole: «Princesa muy hermosa, lo que en tí sientes te doy por respuesta de lo que me preguntaste en qué manera fuí enamorada de Esplandian, mi señor, lo cual así como yo, tú no lo sabrás decir.»

A ella le vino una color muy viva y reluciente, de la mucha vergüenza que hubo, y dijo á la doncella: «Amiga, pues que habeis cumplido lo que os mandaron, ¿qué queréis hacer?—Si tú lo mandas, dijo ella, ir á consolar y reparar la vida de aquel con aquella medicina que de aquí llevar puedo, ó le dar de todo punto la cruel muerte, si tal como espera no la llevase.—Pues idos agora, dijo Leonorina, y saludadme á vuestro señor, y decidle aquello que mi padre mandó que le respondiese en su venida, y dadle este prendedero que aquí en mi cabeza veis, que fué la primera joya que Grimanesa, mi abuela, dejó á su amado amigo Apolidon, y que mas por el nombre que por su valor la traiga por amor de mí.» Entonces quitando el prendedero de sus hermosos cabellos, que era de las mas ricas piedras guarnecido que nunca hombre vió, se lo puso en la mano á la doncella. Cuando ella esto vido, considerando el gran servicio que á Esplandian había hecho en aquella merced que de allí llevaba, hincó las rodillas ante Leonorina, diciendo: «No por mí, que á ninguno puedo ser sujeta, mas por aquel que á tí lo es, te quiero besar las manos.—Por esa via, dijo la Infanta, conviene que yo las dé, mas haré yo en vos lo que él merece.» Y bajándose, tomóle la cabeza entre sus hermosas manos y besóla en la faz, no pudiendo ya resistir, aunque con mucha premia lo procurase, que las lágrimas á hilo por sus hermosos carrillos no se le vertiesen. Y llevando la doncella consigo á otra cámara, la hizo vestir unos muy preciados paños con aquella devisa de las coronas, que ella siempre en las grandes fiestas traía, que de muchas dellas eran sembrados.

CAPITULO XL.

Cómo el Emperador no quiso dar licencia á los caballeros noveles y á Carmela que se partiesen hasta que algunos días con él holgasen.

Acabado por Leonorina el despedimiento de la doncella, dice la historia que fué luego donde el Emperador su padre estaba, que muy alegre por tener consigo al rey de Dacia y Maneli el Mesurado le halló. Y cuando ellos así la vieron por el palacio entrar, acompañada

de tan grandes señoras, muy maravillados fueron dello, y mas especialmente de su gran hermosura. Maneli, que no la había visto, fué á hincar las rodillas ante ella por le besar las manos, mas ella las tiró á sí, y no se las quería dar; Maneli porfiaba todavía por las besar, mas el Emperador le dijo: «Hija mía, no las deis; que ese caballero que delante de vos está, es hijo de los mas preciados reyes del mundo.» Entonces la Infanta lo levantó por sus manos, y fuése á sentar cabe el Emperador y cabe su madre. Pues allí estando, como habeis oído, supieron los dos caballeros noveles de la doncella Carmela todas las cosas por que Esplandian había pasado en la montaña Defendida, como lo había contado al Emperador; de que muy alegres fueron, así por la deliberacion del rey Lisuarte, como por la buena ventura de Esplandian, que ellos mucho amaban, y demandaron licencia al Emperador para se ir luego á la montaña, donde pensaban que Esplandian estaria, ó vernia presto, segun la doncella selo certificaba. Mas él no se la quiso dar, sin que allí con él algunos días holgasen. Lo cual, mas por le servir que por su contentamiento, otorgaron; y luego fueron aposentados en aquel aposentamiento en que solía posar el caballero de la Verde Espada cuando allí estuvo, y la doncella en el aposentamiento de la infanta Leonorina, entre aquellas doncellas suyas, de alta manera.

CAPITULO XLI.

Cómo, sabido por el Emperador que Armato, rey de Persia, tenía cercada la montaña Defendida, envió á Frandalo, ya de su mala secta convertido, y á los noveles caballeros á la socorrer, y cómo la doncella Carmela se partió con ellos.

Estando el rey de Dacia y Maneli el Mesurado y la doncella Carmela en Constantinopla con el Emperador, como la historia vos lo ha contado, muy viciosos y servidos de todas las cosas que menester habian, como en casa de tan grande hombre, hablando el Emperador con los noveles caballeros, sabiendo todas las cosas que en la Gran Bretaña pasaron despues que Gastiles, su sobrino, de allá vino, y la infanta Leonorina con la doncella, que ya mucha soledad sin ella pensaba tener, pasados algunos días, en que les parecía que la voluntad del Emperador era bien satisfecha, tomaron dél licencia, y queriendo entraren la mar para se ir á la montaña Defendida, llegó á la sazón al puerto una barca en que cuatro hombres venian de aquellos que al maestro Elisabat con su sobrino Libeo en la montaña había dejado, los cuales salidos en tierra, y venidos en la presencia del Emperador, hiciéronle saber cómo Armato, rey de Persia, sabiendo cómo los gigantes eran muertos, y que en ellos no había tal defensa como la pasada, y que el caballero que los mató y ganó aquella fuerza era de allí partido; que él por la tierra con gran gente, y otros capitanes suyos por la mar con gran flota, era venido á la cercar, y que ellos por grande aventura habían salido y pasado por entre sus fustas, por mandado de Talanque y Ambor y Libeo para le hacer saber estas nuevas; y como aquella montaña estaba en su servicio, que así lo dejara mandado Esplandian al tiempo que de allí con el rey Lisuarte partió,

venian para que, como sobre cosa suya propia, mandase poner el remedio

Oído esto por el Emperador, estuvo un rato que no dijo nada, pensando cómo en el socorro de tal afrenta muy gran cosa y trabajo se le aparejaba, y de otro cabo conociendo que si se perdiere se perderia de su servicio; y así, acordó qué mejor partido le seria el trabajo que no la holganza, dejando una cosa tan señalada como aquella montaña era, en tal manera que su enemigo la pudiese cobrar, y dijo á los caballeros: «Amigos, dejad vuestra partida, que con mas aparejo que el de vosotros solos es razon que se haga.» Y luego mandó que le trajesen delante á Frandalo, aquel que su hija había mandado guardar. Y venido á su presencia, hincadas las rodillas en tierra, demandó piedad y misericordia, entendiendo que no le fuese otorgada. El Emperador, dejándolo así estar, le dijo: «Frandalo, si yo creyese que con las muy duras y ásperas prisiones que vos mandase dar fuesen remediados todos aquellos á quien tanto mal habeis hecho, y mas los muy grandes deservicios que yo de vos muchas veces he recibido, en tantas y tan duras y muy crueles os mandaría poner, cual jamás otro hombre en este mundo fué puesto; mas considerando yo que vuestras muy grandes fatigas y muchas angustias no quitan ni remedian las suyas, he acordado, si vos por bien lo teneis, de usar de aquello que el nuestro muy alto y piadoso Señor hacer suele con los malos y grandes pecadores, que tornando al revés sus obras de malas en buenas, y en ellas perseverando, les promete y da piadosamente salvacion en el otro mundo. Y yo, como ministro suyo, vos la daré en este, si quisiéredes dejar aquella vuestra mala y perversa secta que hasta aquí habeis tenido, y las muy malas obras y grandes daños que á muchos, sin os lo merecer, hecistes, y sirviéndome á mi en tal manera, que no solamente tenga razon y causa de poner en olvido los grandes enojos que me habeis hecho, mas que con gran razon vos pueda y deba hacer mercedes. Agora me decid lo que en esto haréis, no con aquella verdad que los que siguen lo malo tener suelen, mas con la de la noble caballería que recebistes.»

Frandalo, que aun de rodillas estaba, esperando que los grandes males por él hechos no darian lugar á que la fe de le guardar la vida que le prometieron le fuese cierta, viendo cómo en su querer y voluntad el Emperador lo dejaba, que la libertad ó la prision escoger pudiese, fué muy alegre y dijo: «Señor, las grandes y buenas venturas que hasta aquí la fortuna me hizo cobrar, así con mi sola persona como con la de otros que me ayudaron y sirvieron, no dieron lugar á que otro estilo tomase sino aquel con que mi codicia y soberbia satisfechas eran, creyendo yo que para siempre la fortuna amigable y contenta la tenía. Mas agora, considerando que en tan pequeño y breve espacio de tiempo, por mano de un solo caballero de tan poca edad quiso derribarme de aquella tan grande alteza en que puesto me había, así como ella hizo tan gran mudanza, así yo la he hecho en mi propósito, remitiéndome mas á la razon que á la voluntad. Y si vuestra grandeza, habiendo de mí piedad, quisiere fiarse en mi palabra, por mí será cumplido todo aquello que me mande que yo ha-

ga, así en la mudanza de la ley como en tornar al contrario las obras en que mi tiempo he pasado; trabajando tanto en le servir, que, como bueno y leal, alcanzar pueda muy mayor estado y gloria que la maldad y deslealtad en los tiempos pasados me atrajeron. — Pues agora vos levantad, dijo el Emperador; y teniendo yo por cierto lo que decís, vos mando que con estos noveles caballeros, que con vos de tanta virtud usaron, entreis en aquella nave en que aquí venistes, y recogiendo toda vuestra flota, que por la mar vos andará buscando, con ella me sepais en qué disposición está la montaña Defendida, y si vos bastaréis para el socorro del agua; si no, hacédmelo saber, porque luego seréis proveído de lo que cumple. » Frandalo, llegando de rodillas hasta él, le besó el pié, diciendo: « Mis obras darán testimonio de mis palabras; » y levantándose, tomando consigo los dos caballeros y la doncella Carmela, que allí quedar no quiso, despedidos del Emperador, se fueron á meter en la nave, mostrando muy grande alegría por ir á parte donde se les ofrecían cosas en que sus fuerzas mostrasen el deseo de sus corazones en cosa que á Esplandian tanto tocaba. Pues llegados á la nave, armandose todos tres, mandando alzar á Frandalo su señal, que de los suyos muy conocida era, partieron de aquel puerto de Constantinopla, con propósito de buscar á todas partes la flota, y con ella tentar la fortuna, y aquello que á sus esfuerzos bastaban. Mas agora los dejaré la historia hasta su tiempo, por contar cómo Esplandian, sano de sus heridas, se partió del castillo de Miraflores, para se ir á la ínsula Firme, en el puerto de la cual su gran fusta de la Serpiente habia dejado.

CAPITULO XLII.

Cómo Esplandian, siendo sano de sus heridas, con licencia del rey Lisuarte y de Amadís, se partió del castillo de Miraflores para la ínsula Firme, donde salió su fusta, que antes allí dejado habia, y del razonamiento que con el maestro Elisabat allí hubo.

Esplandian, como ya vos contamos, estaba en el castillo de Miraflores herido, de aquella muy cruel y peligrosa batalla que con Amadís, su padre, hubo; y en tanto que la disposición para se levantar y tomar armas no le ayudaba, el rey Lisuarte, su abuelo, le mandó hacer otras armas sembradas de coronas, como las que antes traía, porque las suyas todas fueron cortadas y rotas; y como quiera que muy ricas las hiciesen, no igualaban con las primeras; que, demás de lo que los maestros alcanzar podían, eran sus hermosas labores ordenadas de aquella gran sabidora Urganda, que se las dió, que á ellas ninguna otra obra rica les podía ser igual. Pues siendo ya levantado y en tal manera de su salud, que sin peligro podía tomar trabajo y traer armas, tomando licencia del Rey y de su padre, que aun en el lecho flaco estaba, y de la Reina, su abuela, y Oriana, su madre, despidiéndose de ellas y de todas las otras grandes señoras que allí estaban, cabalgó en su muy hermoso caballo blanco, llevando consigo al maestro Elisabat y á su escudero Sargil, y tornando á su camino como de antes, para ir á la ínsula Firme; que en aquel puerto creía hallar la su nave de

la Gran Serpiente, con grande deseo, si ella lo permitiese, de volver á la montaña Defendida, y saber si la su doncella Carmela le traía la muerte ó la vida; que ya á esta sazón su ánimo estaba puesto en tal estrecho, creciendo siempre aquella amorosa pasión con el cuidado y memoria que de pensar en ella nunca cesaba, que muchas veces era puesto en el hilo de la muerte, y tanto mas lo sentía, cuanto mas de semejante afronta y batalla inocente y alejado habia vivido hasta que así, sin lo sentir, sojuzgado y apremiado fué.

Así anduvo por su camino, sin que cosa que de contar sea le acaeciese; porque los caballeros que encontraba, conociéndole en las señales de las armas, temiéndole como á la muerte, dejábanlo ir su camino, sin le osar acometer. Y otros de que conocido no era, queriendo con él justar, él con muy buenas razones los desviaba, guardando sus fuerzas para las emplear en servicio de aquel Señor que las dió. Pues tanto anduvo, que á los doce días llegó á la ínsula Firme; y viendo en la mar la su fusta, que lo aguardaba, muy gran placer sintió; y sin otro reposo tomar, entró en una barca que Isanjo el gobernador en el puerto tenia, y pasó con su compañía hasta entrar dentro en ella, á tal hora que el sol se quería poner. Pues allí llegados, desarmándose Esplandian, cenando en lo mas alto de la nave, mirando la mar, que muy sosegada estaba, y aquella tan gran fuerza del alcázar que Amadís con su alta proeza ganado habia, pasando la gran bondad de aquel fuerte y valiente Apolidon; hablando Esplandian con el maestro Elisabat en ello, diciéndole que mucho dudaba que su valor pudiese exceder al de su padre, segun las extrañas cosas por él á su honra habian pasado; y el Maestro respondiéndole que, segun el gran poder del muy alto Señor, que tal y tan fuerte lo hizo, no seria mucho que, no solamente á él, que tal muestra en el comienzo de su caballería habia mostrado, mas á otro cualquiera era bastante de le hacer alcanzar mayor gloria y fama, y que él, teniéndole siempre en la memoria para le seguir, no pudiese á su voluntad en camino de holganza ni de poco esfuerzo, porque, por la mayor parte, la viva y codiciosa voluntad hacia acabar las cosas donde ella mas tiraba y deseaba.

CAPITULO XLIII.

Cómo Esplandian y el maestro Elisabat, partidos del puerto de la ínsula Firme para donde la fortuna los guiase, llegaron á una tierra muy desierta, donde Esplandian crudamente saliendo con dos muy espantosos y fieros gigantes, por fuerza de armas los venció, y sacó de hierros á Gandalin y á Lasindo y á otros muchos cristianos, que aquellos dos gigantes gran tiempo habia que en una temerosa cueva allí captivos los tenían.

Hablando en esto que habeis oído, y en muchas otras cosas de placer, hizose hora de ir á dormir. Así que, echándose en sus muy ricos lechos, sin otro cuidado alguno de quién la fusta gobernase, mas de aquel que ya ellos sabian, encomendáronse al muy piadoso y poderoso Dios y á la buena ventura que prometida les estaba, y durmiendo hasta que la claridad del día los despertó. Mas cuando se levantaron, otra cosa ninguna sino mucha agua á todas partes ver pudieron, sin saber en qué parte ni adónde la fusta navegaba; de que Esplandian mucho placer hubo, creyendo que, pues la fusta

ta al tiempo de su voluntad se movió, que así iría á parar donde su deseo satisfecho fuese; y perdido el cuidado de pensar en otra cosa mas de se encomendar al poderoso Dios y á la ventura de su nave, hablaba con el maestro Elisabat, que era muy cuerdo y entendido hombre, especialmente en que le mostrase todos los lenguajes que él sabia, griego y alemán y persiano, que destos creía tener mayor necesidad, segun su gran deseo de andar por aquellas tierras, de lo cual mucho habia aprendido; que el rey Lisuarte cuando partiera de la montaña Defendida, como ya se vos contó, para tornar á su reino, y todo el tiempo que hasta allí pasó, siempre el Maestro le mostró aquellos lenguajes y otros muchos, de que gran provecho le vino en algunas partes donde la ventura le guió, como se os contará. Pues navegando aquella gran fusta, como habédes oído, en cabo de siete días llegó cerca de tierra, donde paró; y visto por Esplandian que allí le convenia salir, dijo al Maestro: « Padre (que siempre así lo llamó desde la batalla que con Amadís hubo, y lo sanó de sus grandes heridas), pues que la nave aquí para, conviémeme salir á la tierra y saber á qué parte soñamos llegados; y porque á vos seria trabajo, ruégoos mucho que aquí me aguardéis. » El Maestro se lo otorgó, conociendo ser aquella su voluntad.

Entonces salido en un batel, llevando sus armas y caballo blanco, y á Sargil, su escudero, en el suyo, dejando el batel preso en la orilla de la mar, se puso en tierra, y con su caballo se metió en el camino, no sabiendo ni queriendo ir á una parte mas que á otra; y pasando un llano, vió abajo una muy hermosa tierra de grandes arboledas, y unas casas no muy léjos de donde él estaba, y fuése hácia ellas, pensando hallar algunos de quien supiese qué tierra era aquella; y cuando mas cerca llegó, vió á la puerta de la casa un caballo bayo, muy hermoso y muy grande en demasia, y otros tres caballos mas pequeños, que los tenia un hombre; y como á él llegó, díjole: « Amigo, ¿cúyos son estos caballos? » El hombre respondió en lenguaje alemán que no le entendía. Esplandian tornó á preguntar por aquel lenguaje lo mismo que antes, y el hombre, que lo entendió, dijo: « Son de un gigante y de sus escuderos. — ¿Qués dél? dijo Esplandian. — Acá dentro está comiendo, » dijo el hombre. Entonces se llegó mas adelante, y vió al jayan armado de todas armas, muy fuertes y limpias, sentado en una mesa, y los hombres delante dél, que lo servían; y como el Gigante lo vido, mirólo con fuerte catadura y díjole: « Caballero, ¿cuál diablo te hizo aquí aportar? que por mí serás puesto en tal parte donde otros muchos tengo, y esa tu gran hermosura habrá mal gozo. » Esplandian, que así lo vió con tan mal semblante y tanta soberbia, bien conoció que no era ese de aquellos que él rehusaba de se combatir con ellos, mas de los que habia de buscar á todas partes para los quitar, si pudiese, del mundo, donde no tenían otras obras sino hacer mal á los siervos de Dios, y dijo: « El que á mí aquí me trajo no es el diablo, que dices, mas es aquel que te tiene encadenado y sojuzgado, como él te tiene á tí; si yo puedo, no pasará mucho que no lleves la pena que mereces, y los presos que dices, la libertad que merecen. »

Oído esto por el Gigante, dejándose de comer, se levantó muy recio y con gran furia, diciendo á sus hombres: « Tomadle por el freno antes que no huya. » Los hombres fueron contra él, mas al primero que llegó dióle del pié en el rostro tal golpe, que lo batió en tierra atordido, y los otros se tiraron afuera. Esplandian dijo: « Gigante, cabalga en tu caballo; que en este campo me hallarás, y allí parecerá quién tiene voluntad de huir. » Entonces se tiró afuera de la puerta, y tomó sus armas, y fuése á parar á un llano que allí estaba. El Gigante cabalgó, poniendo en su cabeza un yelmo limpio como el espejo, y á su cuello echando un escudo de cuero muy fuerte, y en su mano una lanza de un hierro grande y pesado, y fuése para el caballo y dijo: « Desque yo supe tomar armas, nunca hasta hoy me puso la fortuna en tanta mengua y deshonra, que un mancebo como tú, en tal edad, me osase esperar en campo; que vencerte no es gloria, antes la ganas tú en solamente esperar que mis ojos te alcancen de vista. » Esplandian le respondió: « Como tú eres hechura del diablo, así precias y tienes en mucho el esfuerzo y fuerzas corporales, creyendo que no pueden ser regidas ni gobernadas de aquel superior que las da y puede quitar. Bien parece no ser en tu noticia aquel flaco y tierno pastor que con las piedras de su honda mató al valiente filisteo, uno por otro en el campo, ni el otro que con la desnuda quijada de la bestia mató los seiscientos hombres; que si esto en la memoria tuvieses, serías á la razón y miedo sojuzgado; mas no te deja aquel á quien tú sirves, trayéndote las cosas á tu voluntad; porque en la fin, no perdiendo aquella dulce esperanza, goce él del fruto de su trabajo, que será, perdiendo tú el cuerpo, llevarse él el ánima á los infiernos. — Maldita sea la hora en que yo nací, dijo el jayan, pues que sobre tantas cosas que he pasado, ganando tan gran señorío y prez de armas, soy así avilado de un rapaz, en quien ninguna venganza tomar puedo. » Y abajando la lanza, dió de las espuelas á su caballo, que muy ligero era; mas Esplandian, que así lo vió venir, no le temió ninguna cosa, y fuése para él, y juntando el uno con el otro, el Gigante, que muy recio venia, falleció de su golpe, con la gran furia del caballo, y Esplandian lo encontró en medio del escudo tan fieramente, que le hizo doblar y poner la cabeza encima de las ancas del caballo, de manera que el jayan fué quebrantado por el lomo, y la hiel le salió por la boca; así que, á poco rato fué muerto, y el caballo de Esplandian se retrajo algun poco atrás por caer; mas él le hirió de las espuelas y lo hizo salir adelante; y como vió al jayan muerto y colgado de la silla, dió entre sí muchas gracias á Dios, que así por un solo encuentro le hizo vencer una cosa tan fuerte y tan desemejada; y llamando á los hombres que miraban, les dijo: « Mostradme dónde este Gigante tiene los hombres presos, y no me mintais; si no, muertos sois. — Señor, dijeron ellos, así lo harémos, y seguidnos. — Pues id adelante, » dijo él.

Entonces los metió ante sí, y ellos guiaron por una senda, y saliendo de aquel llano, entraron por unas muy bravas peñas, que apenas el caballo podía caber. En cabo de un gran rato hallaron entre unos muy espe-

sos árboles hasta veinte hombres que estaban á la boca de una cueva, y como le vieron los hombres, dijéronles: «¿Quién es este caballero? ¿Envíale nuestro Señor á la prision?—Por Dios, dijeron ellos, antes le acaeció de otra manera; que este se combatió con él, y lo mató del primer encuentro.» Cuando esto fué por ellos oído dieron muy grandes voces, diciendo: «Pues muera él como traidor, pues que tanto mal nos ha hecho.» Y lo mas presto que pudieron entraron en la cueva, y sacando della lanzas y hachas y capellinas, se fueron todos para él. Esplandian, como esto vió, puso las espuelas á su caballo y metióse entre todos ellos, hiriendo con su espada de tales golpes, que al que alcanzaba no se levantaba mas del suelo. Mas, como los hombres eran muchos, hiriéronle de todas partes, de tal manera, que le mataron el su hermoso caballo. Cuando Esplandian así se vió en tal peligro, y el caballo muerto, salió luego dél con mucha ligereza, aunque de muy grandes golpes en el yelmo y en el escudo fué muy bien acompañado; mas ¿quién vos podría decir la mucha ira y saña que en esta sazón le vino? Por cierto ni las muy blandas palabras del santo ermitaño que lo crió, ni lo que de su natural tenía, no pudieron resistir, sino que, como fuera de todo sentido, saltándole la sangre por los ojos, no anduviese entre ellos haciendo tan gran crueza en los herir, que despues que los hubo vencido, él mismo se espantaba en ver los mortales golpes que habia dado; que á los que alcanzaba por encima de las cabezas eran hendidos hasta la cinta, y las capellinas hechas dos pedazos, y á los que daba con las hachas y alcanzaba en los costados, casi todo lo mas del cuerpo era cortado; de manera que todos fueron muertos y mal heridos, sacando dos, que se le acogieron á la cueva dando voces, diciendo: «Salid, Señor; que muerto es vuestro hijo Bramato y todos nosotros.» A estas voces salió de una cámara que en la peña era un gigante mas fiero y desemejado que jamás hombres vieron, la barba y los cabellos canos, y largo lo uno y lo otro; y como vido al caballero con su espada tan sangrienta, y algunos de los suyos muertos y otros mal heridos, dijo con una voz espantable: «¡Oh dioses en quien yo creo! ¿cómo ó por qué vos tengo tan airados, que por un solo caballero sean mis hombres y mi hijo todos muertos y vencidos? Pues no será vuestra saña tan crecida, que mis fuerzas no basten para lo contrastar y tomar venganza deste traidor, que tanto daño me ha hecho.» Esplandian, que así lo vido, mucho fué espantado; que por cierto no le parecía figura de hombre, segun estaba grande y feo, antes parecía ser una fantasma que de la bajura de los escuros infiernos salia á destruir el mundo, y dijole Esplandian: «Diablo desemejado, cierto yo creo que no fuiste engendrado segun la orden de natura, antes entiendo que de la hondura de los infiernos eres venido, y allí fué tu propio nacimiento; que, segun en tí parece, de tí solo salieron los enemigos malos, ó tú dellos, que su hechura propia tienes. Armate luego y guárdate de mí; que yo confío en mi Señor Jesucristo que antes que la noche venga te enviaré á la parte adonde tu hijo y tus hombres son idos.» El jayan, que vido el espacio que el caballero le daba, llamó á aquellos sus hombres para

que le ayudasen á armarse; mas ellos no osaban de allí moverse ni partir hasta que el caballero se lo mandó, diciendo que hiciesen lo que aquel les mandaba; y luego fueron á lo hacer, y entrando en la cámara, armaron lo mas presto que ellos pudieron al Gigante, y salió fuera bien presto contra Esplandian, que ante él no parecia sino lo que parece una paloma delante de una caudal águila, y poniendo mano á un muy grande cuchillo, se fué para él muy recio. Esplandian lo esperó con varonil corazon, muy bien cubierto de su escudo y la espada en la mano; y el jayan le dió tan fiero golpe por encima del brocal del escudo, que lo cortó en dos pedazos, y pasó tan recio hácia abajo con la gran fuerza del brazo, que dió en el suelo, que de muy dura peña era; así que, por medio fué quebrado. Esplandian, que sin escudo se vió, y aun á su parecer sin brazo, segun le quedó del gran golpe amortecido, dió al jayan por encima del yelmo, que aunque la fortaleza suya defendiese de no ser cortado, no pudo resistir que el Gigante no lo sintiese en tal manera y en tanta graveza, que no se atordido, saliéndole llamas de fuego por los ojos, y hizole estar una pieza que no pudo estar en su acuerdo; y cuando tornó en sí, sintió cómo el caballero le daba muchos y muy grandes golpes; mas las fuertes armas defendieron que la carne no padeciese.

El Gigante levantó el medio cuchillo por lo herir en la cabeza, que bien pensó que aquel seria el postrimero golpe que habia de hacer, y así lo fué; pero no por la via que él pensaba; que Esplandian, como no tuviese escudo y viese el golpe tan fuerte venir, guardóse dél hurtándole el cuerpo; así que, se lo hizo perder, y lanzó un golpe sobre su mano derecha casi como al través, y Dios, que lo guió, acertó al jayan en la muñeca en descubierto debajo de la manga de la loriga, que la mano con el cuchillo cayó en tierra. El Gigante dió una voz terrible y espantosa, que toda la cueva hizo temblar, y fué cuanto desapoderado pudo por le tomar con la mano izquierda; mas Esplandian lo hirió de manera que se la hendió por medio hasta el brazo. Cuando el Gigante se sintió manco de las manos y que no se podia valer, dió tan grandes y fuertes bramidos, que espanto era de los oír, y daba los resoplidos con la gran congoja, que el humo le salia muy espeso por la visera del yelmo; mas Esplandian, que en muy gran peligro de muerte se habia visto, dábale muy grandes golpes de la espada por encima del yelmo, que le hacia revolver á todas partes; y tanto lo aquejó, que desatentado y ahogado en no poder coger huelgo, cayó tendido en tierra sin ningun sentido. Esplandian fué luego sobre él, y quitándole el yelmo, le quitó la cabeza del cuerpo; esto así hecho, limpió su espada y metióla en la vaina, dando á Dios muchas gracias hincado de rodillas en tierra, creyendo que dél le habia venido tan grande victoria, siendo enojado de la vida de aquellos malos, que mucho tiempo habian perseverado en las cosas contrarias á su santo servicio, esperando tantos tiempos á que se enmendasen y tornasen á su santa ley para los perdonar, ó sacarlos del mundo con tanta crueza y ponerlos en los tristes infiernos, como se puede y debe creer. Los sus ánimas fueron

apostadas, y serán por siempre; y levantándose en pie, dijo á los hombres: «Mostradme luego los presos.»

Ellos con muy grande temor lo llevaron por la cueva adelante, hasta que en el cabo della, en un apartado muy oscuro, hallaron en muy gruesas cadenas veinte dueñas y doncellas, y diez caballeros y quince escuderos, entre los cuales eran el uno Gandalin y el otro Lasindo, que despues que el señorío de Sansueña fué ganado, antes que la nueva supiesen de cómo el rey Lisuarte era perdido, se partieron entrambos á buscar aventuras. Y porque Gandalin habia andado por aquella tierra, que era á las haldas de Alemania con Amadís, llamándose el caballero de la Verde Espada, donde hallaron muchas aventuras, quiso que allí se fuesen á probar; y habiendo pasado por muchas dellas, todas á su honra y no menos fama, la ventura los trajó á aquella parte donde aquellos jayanes, padre y hijo, tenían aquella cueva, con que muy gran parte de aquella comarca sojuzgaban y tenían forzosamente so su señorío, y fueron por ellos presos, sin que se pudiesen valer. Mas cuando Esplandian los vido tan cargados de hierro y grillos, y tan descoloridos y desemejados de como ellos solian ser, las lágrimas se le vinieron á los ojos, sin las poder detener, de gran lástima y piedad que dellos hubo; y por les dar alguna consolacion á sus ánimos, quitóse el yelmo porque lo conociesen. Ellos, que muy espantados estaban quién seria aquel caballero que su poder tanto bastase para allí llegar en salvo; donde le veían, y viéndole el rostro, conocieronle luego; y así, como pudieron llegaron, hincadas las rodillas, á le besar las manos. Él se abajó y tomólos entre sus brazos, llegándolos á sí, mostrándoles mucho amor y mancilla por los ver en tal estado. Y luego mandó á los otros que les quitasen las prisiones, y á todos los otros que de rodillas delante dél estaban, llorando con grande alegría.

CAPITULO XLIV.

De cómo Esplandian mandó á los presos que de la cueva habia librado que se presentasen delante el emperador de Constantinopla y de su hija Leonorina, excepto á Gandalin y á Lasindo, que acordó de los llevar consigo para donde él dejado habia su fusta.

Habiendo Esplandian muerto aquellos bravos y fuertes jayanes y casi á todos sus hombres, y sacando los presos de la oscura cárcel, como os lo habemos contado, siendo ya cerca de la noche, no sabiendo dónde ir, acordó de reposar allí en la cueva hasta que la mañana viniese, y así lo hizo; que quitándose las armas, tomando consigo los presos, así hombres como mujeres, se salió con ellos hasta la puerta, donde Sargil lo aguardaba, que no poco espantado estaba, así de la tardanza de su señor, como de las grandes voces del Gigante, que muy espantosas fueron. Mas cuando le vido venir sano y alegre con tal compañía, no se os podría contar el placer y grande alegría que su ánimo sintió. Esplandian le dijo: «Sargil, toma uno destes hombres que te guien, y tráeme el caballo bayo del Gigante, que en las casas quedó, porque el mio, como tú ves, es muerto, y asimesmo el escudo del jayan, y á la mañana serás aquí con ello.» Sargil fué luego á cumplir lo que mandaba, y Esplandian mandó que le die-

sen de comer, lo cual fué luego aderezado, que muy abastadamente se halló de lo que los gigantes tenían. Pues allí holgó aquella noche, y á la mañana, siendo ya Sargil venido con el caballo y escudo, entonces dijo á los presos que les placía hacer, porque él queria partirse. Ellos le dijeron que lo que él mandase, que no harian otra cosa.» Pues que así es, dijo él, si por trabajo no lo teneis, iréis delante el emperador de Constantinopla los hombres que aquí estáis, y dueñas é doncellas ante su hija, y presentadvos ante ellos de parte de un caballero que las armas de las coronas trae y decides de vuestra fortuna, demandándoles merced para el reparo della. Y si por ventura otra cosa mas os agradare, aquella haced; que yo no os pongo en este trabajo, sino porque creo que, segun la grandeza y virtud de aquel emperador, hallaréis en él buen acogimiento. Y vosotros, Gandalin y Lasindo, iréis conmigo adonde vuestras voluntades serán contentas en hallar aquellas aventuras que, ganando mérito ante el muy alto Dios, se puedan justamente acometer.» Todos le besaron las manos por aquello que les mandaba, y los presos, tomando todas las bestias que allí hallaron, se metieron al camino, y Gandalin y Lasindo, en senos caballos y armados de sus mismas armas, aparejaronse de ir donde Esplandian fuese. Sargil pasó la silla y rico freno del caballo blanco al bayo, y diólo á su señor, y luego partieron de allá para se tornar á la mar; adonde la su muy gran fusta de la Serpiente habia quedado.

CAPITULO XLV.

De cómo Esplandian, acompañado de Gandalin y Lasindo, volviéndose para la fusta de la Serpiente, encontró con Norandel, que venia á buscar al rey Lisuarte, su padre, el cual certificado por Esplandian cómo por él habia sido delibrado, se fueron todos con mucho placer á ver al maestro Elisabat á la gran fusta.

Dice la historia que, siendo Esplandian y aquellos dos caballeros ya salidos de entre aquellas fragosas peñas al llano donde el primero gigante fué muerto, vieron á la mano derecha venir por la halda de una sierra un caballero todo armado y dos escuderos, con él; y por saber quién seria, acordaron de lo atender. Y á poco rato, que fué mas cerca dellos, veíanle el caballo muy fatigado y cansado, y las armas en muchas partes horadadas y rotas, y asimesmo lo era el yelmo que en su cabeza traia, y como allegó á ellos, dijo: «Señores caballeros, decidme, si os pluguiere, de dónde sois.—Somos, dijo Esplandian, de la Gran Bretaña.—Gracias á Dios, dijo él, que ahora puedo saber unas nuevas que traen mi corazon muy atribulado.—Y ¿qué nuevas quereis vos saber, dijo Esplandian, de nosotros? que de grado os las dirémos, si por nos es sabido.—Mucho os lo agradezco, dijo el caballero; pues ahora me decid si es hallado el rey Lisuarte, mi señor, que me hubieron dicho que se perdió, sin saber dél nueva de muerto ni de vivo, por quien yo he llevado muy mucho trabajo en lo buscar, y llevaré todos los dias de mi vida, sin haber ningun descanso hasta que sea cierto de su vida ó muerte.—Caballero, dijo Esplandian, si vos mucho amais á ese rey que decis, y si vos teneis causa para ello, no menos lo hacemos nosotros; y decidme quién sois, y sabréis de aqueso que preguntais tal ra-

zon y nueva, con que seréis con placer quitado de la demanda. — ¡Ay Dios! dijo el caballero, si así es como lo decís, bendita sea la hora en que yo os encontré. Sabed que me llaman Norandel, y soy hijo de ese rey que os pregunto. — ¡Ay santa María, váleme! dijo Esplandian, ¡qué buenas nuevas son estas que oigo! Sabed, mi señor Norandel, que el rey Lisuarte está en su reino libre y sano en toda alegría; y si más del quereis saber, llegad con nosotros hasta la mar, y allí hallaréis al maestro Elisabat que mas largo os contará de la forma que fué perdido y cobrado. Y luego desenlazó el yelmo, y quitólo de sobre la cabeza. Cuando Norandel le vió el rostro dijo en una voz alta: «¡Válgame Dios, qué buena ventura ha sido esta para mí!» Y fuélo á abrazar, como aquel que mucho lo amaba, aunque no sabía cómo había sido armado caballero; que él se partió de la insula Firme despues de ser hechas las paces, por buscar algunas aventuras en que honra y prez alcanzar pudiese. Y porque vido que todos los caballeros de la Gran Bretaña quedaban muy cansados y enojados de las batallas pasabas, y les convenia mas el reposo que el trabajo, y asimesmo vió casado su grande amigo don Galaor, acordó, dejando aquella tierra, de buscar otras donde su valor fuese divulgado; y porque oyó decir que en aquella parte de Alemania había bravos caballeros y fuertes jayanes que muchas sinrazones hacian, quiso pasar allí algun tiempo, sirviendo á Dios y ganando honra, ó muriendo con ella, así como la órden de la caballería lo mandaba; y andando por aquellas tierras haciendo y acabando muchas cosas de grandes afrentas, supo la pérdida del rey Lisuarte, su padre, y cómo en todo su reino nunca pudo ser hallado, aunque por todas las gentes dél con muy grande afición fuese buscado; y creyendo que á otras partes fué llevado, y que así como por desventura fué perdido, que por ventura se podría hallar, pasó hasta entonces muchas y muy peligrosas afrentas, buscándolo á todas aquellas partes.

Habiendo pues así este conocimiento destos caballeros como oís, Esplandian preguntó á Norandel qué camino llevaba, y adónde se enderezaba su voluntad de ir. «Yo os lo diré, dijo él: yo supe cómo en estas montañas son dos gigantes muy fuertes, que hacen mucho mal á todos los que pueden alcanzar, así hombres como mujeres, y vengo para combatir con ellos, si Dios me diese tal dicha que algo por mí fuese enmendado; y porque me dijeron que el uno dellos acostumbra de estar muchas veces en aquellas casas que allí parecen, aguardando los que por allí van para los prender ó matar, vine á buscarlo si por ventura lo hallaría, por lo tomar solo, sin su compañía del otro que con él anda; y si no lo hallo, forzado me será de lo aguardar algun día, si no me falta la vianda, ó buscarle por estas montañas; que desta demanda no me partiré hasta que la vida ó la muerte della me quiten, tentando la fortuna si me querrá en esto ser favorable.» Gandalin le dijo: «Buen señor, si la primera demanda del rey Lisuarte habeis acabado, así lo haréis en la segunda, porque delante de vos está quien de esa afrenta y peligro os quitó.» Entonces le contaron cómo Esplandian los había muerto y en qué manera, y los presos que de la

cueva sacó. Cuando Norandel esto oyó fué muy alegre y dijo: «A Dios doy gracias porque así ha pasado, y estoy sin vergüenza fuera de tan grande afrenta; que cierto, como quiera que mi propósito no se mudara hasta hallar los gigantes y me combatir con ellos, no me tengo yo por tan bueno, que mas la muerte que la vida de allí no esperase. — Señor, dijo Esplandian, pues ¿qué quereis hacer? — Lo que tuviéredes por bien, dijo Norandel; que pues ya destas dos demandas soy con tanto placer partido, no me puede venir cosa que para mi descanso no sea, y quiero ver al maestro Elisabat, y despues acordaré adónde será mi viaje mejor empleado.»

CAPITULO XLVI.

Cómo Norandel, sabidas por el maestro Elisabat las grandes hazañas de Esplandian, dispuso de siempre lo seguir, y cómo anduvieron cinco días por la mar sin ver tierra, contando sus aventuras al maestro Elisabat para que las escribiese.

Despues desto así pasado, se fueron todos cuatro caballeros donde hallaron aquella gran fusta y al maestro Elisabat, que el placer que en sí hubieron no se os podría por ninguna manera bien contar. Allí supo Norandel todo lo del rey Lisuarte cómo había pasado, y si dello hubo placer grande, no fué menor la maravilla en oír las cosas extrañas que en su comienzo Esplandian pasaba, creyendo que en balde se trabajaría ningun caballero en buscar aventuras y se poner al peligro de la muerte por las acabar, pues que este sobre todos había de llevar la fama, y no menos la gloria; y mucho mas despues que por el Maestro le fué contado cómo derribó los cuatro caballeros en la floresta, y que el uno fué el rey don Galaor, y cómo se combatió Amadis, su padre, con él, como contra enemigo, pensando ganar toda la honra que á Esplandian prometida le era, y que en el cabo quedó vencido y casi muerto. Y asimesmo le dijo cómo su propósito era, si su ventura lo guiase, de se ir á la montaña Defendida por hacer guerra y daño á los enemigos de la fe, creyendo que para esto, y no para las otras soberbias y liviandades, daba el Señor del mundo la valentía del cuerpo y el esfuerzo del corazon, y sobre todo, el juicio razonable.

Oído esto por Norandel, estuvo un rato que no habló, y al cabo volvióse para Esplandian y díjole: «Mi señor sobrino, yo he pasado muy mucho trabajo en buscar las cosas extrañas que por este mundo son sembradas y derramadas, y segun lo que el maestro Elisabat me ha dicho, creo verdaderamente que ninguna de cuantas yo podría hallar, por muy grande que fuese, no se puede igualar en extrañeza ni en maravilla á aquellas que por vos pasan. Como quiera que mi deseo con mucha afición me guía á tornar á aquella tierra donde el Rey mi padre está y mis amigos, la razon me manda que, dejando aquellos, os haga compañía; y el pensamiento mio que hasta aquí he tenido, que era ganar honra y fama en las cosas de la calidad pasada, que todas las mas de poco provecho han sido, es convertido y mudado en que siga aquello que, aventurando el cuerpo á la muerte, se gane la gloria y vida para la ánima. Así que, mi señor, desde ahora me contad por uno de aquellos que, siguiendo vuestro sano propósito,

en él quiere fenecer sus días todos. — Pues ahora, buen señor, vamos, dijo Esplandian, en el nombre del muy alto Señor Dios, y él nos guie cómo la honra que en este mundo ganáremos sea para alcanzar la bienaventuranza del otro, donde para siempre habemos de durar.» A esta sazón era ya noche, y cenando con mucho placer, se acostaron en sus lechos, con pensamiento, si la fusta de allí no partiese, de tornar á salir en tierra, y buscar aquellos que con muy grandes soberbias hacian los agravios y desabrimientos á quien no se lo merecía. Pero de otra manera aconteció, que cuando el alba pareció, se hallaron tan dentro de la mar, que á ninguna parte se les mostraba la tierra; y así anduvieron seis días, sin en otra cosa entender, salvo en contar las aventuras por que pasaron al maestro Elisabat, para que las pusiese en escrito, y dellas perpétua memoria quedase.

CAPITULO XLVII.

De cómo Esplandian, llegando al puerto de la isla de Santa María, guiado por el gran maestro Elisabat, que antes allí con Amadis había estado, salió con los suyos por ver las maravillosas y muy grandes figuras de su padre Amadis de Gaula y del Endriago, y el lugar donde la cruel batalla había habido, y del doloroso razonamiento que delante el vulto de su padre hizo.

En esta manera que oís navegaron por aquellos mares, hasta que la ventura los llevó al puerto de la isla de Santa María, aquella donde Amadis, llamándose el caballero de la Verde Espada, con muy gran tormenta apartó, y con mayor afrenta y peligro de su persona se combatió con aquel espantable y esquivo Endriago, como la tercera parte desta grande historia ha contado; la cual por el maestro Elisabat luego conocida fué, y dijo: «Digoos, buenos señores, que ya otro tiempo llegué yo á este puerto en compañía de Amadis, con mucha mayor afrenta, así en el agua como fuera en la tierra; que la misma muerte, porque, como ella mas de venir una vez no puede, muchas, con el gran miedo y espanto que aquí hubimos, nos vinieron. — Padre, dijo Esplandian, ¿qué tiempo tan fuerte en la mar ni peligro en la tierra pudo tener tanta fuerza, que tal memoria dello, así como lo decís, os quedase? — Mi señor, dijo el Maestro, muchas veces acaece hacer los hombres las cosas livianas y de poca sustancia muy graves y pesadas, queriendo huir de la verdad, y acostarse al contrario; mas aquellas que en el extremo de la desventura son llegadas, ninguno es poderoso de contar cómo las vió y cómo las sintió. Y si quisierdes conocer ser verdad lo que digo, salgamos fuera de la fusta, pues parece que para ello nos da lugar, y mostrarnos he la sombra de alguno de aquellos peligros que he dicho, de que no pequeño espanto habréis.» Mucho fueron alegres aquellos caballeros en oír lo que el Maestro les decía.

Y luego se comenzaron á armar para salir á ver aquello que en tanto grado había encarecido. Pero Gandalin bien entendió lo que era, mas el Maestro le hizo señal que no lo dijese. Pues armados los caballeros, y salidos ellos y sus caballos en tierra, y el maestro Elisabat con ellos en su palafren, anduvieron tanto, que llegaron al castillo que ya oistes, donde Amadis fué curado y guarido de sus llagas; y hallaron allí un ca-

ballero que por el emperador de Constantinopla lo tenía en guarda, y á toda la isla en gobernación; el cual, conociendo al maestro Elisabat, y sabiendo quién eran los caballeros, se les ofreció con mucho servicio. Pero ellos, habiéndosele agradecido, rogaron al Maestro que los guiase donde les prometió. El Maestro pasó adelante, y no tardó mucho que llegaron allí donde la muy cruel y temerosa batalla de Amadis y del Endriago había pasado, y hallaron las figuras del uno y del otro tan propriamente hechas, y de aquella misma grandeza como cuando vivos estaban, que el Emperador mandó poner allí y hacer un monasterio de monjas, por memoria de tan grande hazaña. El Endriago estaba con aquella misma braveza y fiereza espantosa que al tiempo que murió tenía, y Amadis con las armas propias, y otra espada á la semejanza de la suya verde, muy bien cubierto de su escudo, teniendo la punta de su lanza en el ojo del Endriago. Así que, Gandalin, que los miraba, y la batalla por sus ojos vió, decía que tan propriamente como pasó en efeto, de aquella manera estaba figurado. Pero dígoos de Esplandian y Norandel y Lasindo que muy espantados en ver cosa tan esquivo, se santiguaron muchas veces, no pudiendo pensar ni creer que ningun esfuerzo de hombre humano tan gran miedo pudiese vencer. Esplandian descabalgó de su caballo, y quitándose el yelmo muy presto, fué á hincar las rodillas ante aquella imagen de su padre, y besóle la mano con que la lanza tenía. Luego viniéronle las lágrimas á los ojos, no tales como las que de buena gana venir suelen, segun él despues lo dijo; mas considerando en sí las sus profecías, que había de pujar en esfuerzo y valentía á su padre, mirando aquello que presente estaba, no pudo tanto la braveza ni esfuerzo de su fuerte corazon, que desviar pudiese que su humana carne, vencida de gran miedo, no lanzase fuera á aquellas señales de sus ojos, siendo ya su vida condenada antes en pasar mil veces por la muerte que rehusar las semejantes afrentas, y otras muchas mayores que le pudiesen venir. Y levantado en pié, volvióse hácia el Endriago, y poniéndole la mano encima de su cabeza, dijo estas palabras: «Oh gran sabidora Urganda la Desconocida, como quiera que tu sobrada discrecion alcanzase á saber las cosas por venir, y con ellas hayas publicado ser yo aquel que de bondad á este caballero pase, por cierto en muy temerosa duda mi voluntad es puesta, porque siendo este peligro que él pasó en el altura del extremo subido, no quedando ninguno que pasarle pueda, no sé yo en qué manera busque ni halle donde vuestras palabras y mi deseo puedan ser cumplidos. Mas vos, mi buena señora, que nunca en vano hasta agora las cosas dichas por vos pasaron, guiadme á la parte donde así las afrentas naturales como artificiales pueda hallar, pareciendo á todos ser imposible por ninguno ser acabadas, así como parecia aquella maravillosa prueba de la cámara defendida en la insula Firme, ó esta tan grave que ante mis ojos tengo, ó otras tan espantosas, que con su grandeza las destas en olvido puestas sean. Porque yo, menospreciando la vida, haciendo ser verdadero lo que por vos se ha dicho, quede viviendo ó muriendo, en mi voluntad y en la vuestra satisfecho.» Cuando estas tales palabras Esplandian de-

cia, su muy hermoso rostro estaba encendido como escarlata y el semblante airado. Así que, no menos temor que placer, mirando su muy gran hermosura y fiereza de voluntad, en los que lo miraban ponía.

CAPITULO XLVIII.

En el cual Esplandian da muy justas causas al gran maestro Elisabat, por las cuales su padre Amadis dél pudo ser vencido.

El maestro Elisabat, que así lo vido, dijole: «Buen señor, el vencimiento que á vuestro padre hecistes os debe quitar y apartar esta duda que teneis.— ¡Oh padre! dijo Esplandian, muy gran diferencia es entre la valentía y osadía; que si yo á Amadis sobra hice, no lo causó sino subir mis fuerzas donde las suyas decien den; que faltando la edad, falta la virtud, la viveza del corazon, y falta la ganosa y deseosa voluntad, que todas las mas cosas acaba. Mas ¿quién pudo ni puede serle igual en esta osadía y temeroso acometimiento? Cierdo ninguno, ni aquel fuerte Hércules, de que tan grandes maravillas en armas son escriptas y divulgadas por el mundo, porque las verdaderas que el pasó, comunes y tratables son á muchos, y aquellas que mas espantosas parecen, bien sabeis, padre, que mas en ficcion por los poetas que por ser ciertas en sí, fueron en memoria por ellos dejadas. Pero dejemos de mas hablar en esto; que la diferencia que entre él y mí habré, será que las fuerzas que Dios me diere serán empleadas contra los malos infieles, sus enemigos, lo que mí padre no hizo.» Y cabalgando en su caballo, poniendo el yelmo en su cabeza, se tornaron todos á la gran nave donde habian salido, y desarmándose, comieron y holgaron, atendiendo la ventura que les viniese, sabiendo cierto ser mas en la voluntad ajena que en las suyas el fin de su viaje.

CAPITULO XLIX.

De cómo Esplandian y sus compañeros, salidos de la isla de Santa María, entraron victoriosamente en el puerto de la famosa ciudad de Constantinopla, y del demasiado placer y espanto que el Emperador y la infanta Leonorina, viendo venir la gran fusta de la Serpiente, hubieron.

Estando como dicho es Esplandian y sus compañeros en el puerto de la isla de Santa María, la gran fusta partió de allí antes que fuese de noche, y navegando por la mar, en cabo de los cinco dias fué puesta cuanto un tiro de arco de aquella muy grande y famosa ciudad de Constantinopla, y con su vista toda la ciudad fué movida, saliendo las gentes, así hombres como mujeres, á la mirar encima de las altas torres y muros, teniendo por la mas extraña y espantable cosa que nunca oyeron ni vieron. El ruido y las voces fueron tan grandes, que el Emperador con todos sus caballeros, reyes y príncipes, se pusieron en las ventanas de su gran palacio, y asimesmo la Emperatriz y la hermosa Leonorina, su hija, con las dueñas y doncellas de alta sangre, maravillándose qué podría ser aquella cosa, que veían la Gran Serpiente andar á todas partes, con tan gran braveza crujendo las alas, hiriendo de la cola en el agua, lanzando las gorgozadas por la garganta, y el humo negro muy espeso por las narices, que no parecía sino que toda la tormenta del mundo allí venia junta. Gastiles, el sobrino del Emperador, que allí estaba,

dijo: «Esta es la gran fusta en que anda Esplandian, aquel de quien han dicho las cosas maravillosas que en armas ha hecho.» El Emperador, que lo oyó, hubo mucho placer y dijole: «Sobrino, pues que mas vos que otro ninguno le conoceis, entrad en una desas naves, y tened manera con él cómo me vea.» Gastiles, cumpliendo su mandado, entrando en la mayor fusta que en el puerto habia, con gentes muy cursadas de aquel oficio, comenzó á porfiar de llegarse á la fusta, mas las hondas del agua eran tan bravas con la fuerza de la Serpiente, que en ninguna manera con gran trecho á ella llegar pudo, antes los hacia volver muchas veces contra la tierra, muy cerca de ser perdidos. El Emperador, que lo miraba, aquejábase mucho, diciendo si habia alguno allí que remedio poner pudiese para que aquel caballero hubiese su embajada; pero en ninguna manera se halló.

Cuando la muy hermosa Leonorina oyó decir que aquella era la fusta de su caballero, y le vió poseer una tan gran espantable cosa y tan señalada en el mundo, bien pensó que así todas las otras cosas que dél fuesen lo serian, y comenzó á decir entre sí: «¡Ay fusta, cómo á todos pones espanto y á mí eres muy agradable, y cómo con gran razon te debes tener por bienaventurada, trayendo á tu placer aquel que todo el mundo mandar merece!— ¡Oh, cómo seria yo bienaventurada si así como á él me hicieses á tí sujeta, y delante su presencia me pusieses; porque este mi cuitado corazon, con la vista de su gran hermosura, sus encendidas llamas algun tanto resfriadas fuesen antes que del todo en ellas con muy crueles angustias consumido sea.» Y despues dijo: «¡Ay doncella Carmela! cómo con tus falagueras y blandas palabras me quisiste matar, dejando á mí captiva todas las ansias y dolores que de allá trajiste, llevando á aquel que las padecia tan gran remedio; así que, bien cierta soy que si lo que me dijiste es verdad, de ser yo amada en tanto grado de tu señor, que tanto cuanto mas la esperanza cierta tuviere, tanto mas sus ardientes y encendidas llamas se harán mayores; así que, no en vano mi cuitado corazon padece, pues que otro tan generoso como él le da la paga.» Allí estuvo un muy gran rato como atónita, que muy claro su grande alteracion por quien la mirara vista fuera; mas como todos tenian el pensamiento y los ojos en la gran fusta, ninguno á otra parte mirar entendía. Mas la Infanta, siendo algo mas en sí tornada, dijo: «¡Ay captiva yo, cómo fui engañada en te hacer á tí, Carmela, mis ricos paños vestir! Porque cierto es que siendo vistos por tu señor, queriendo á ellos abrazar, á tí le convenia tomar en sus brazos; pues ¿quién duda que, teniendo tú tan cerca la cosa del mundo que mas amas, que no juntas tú rostro al suyo ó quizá tú boca á la suya? Y no siendo tú tan fea, que cualquiera otro caballero no se tuviese por muy contento en te tener pagada, ¿qué sé yo si este así lo hará? Porque las causas muy aparejadas muchas veces tienen tan gran fuerza, que acarrear aquellos hierros y pecados que nunca se pensaron; así que, yo podría haber sido causa de mi daño. Mas si por ventura lo tal acaeciese con aquel sano amor que entre él y tí puesto es, gran consolacion seria para mí ser certificada, pues que ver no le puedo, que mis paños le vieron y abrazaron.»

Así estaba esta infanta muy hermosa condoliéndose de aquellas fuertes y agudas espinas que en su tierno corazon eran hincadas, con aquella graveza, con aquella dulzura, con aquello amargo y aquello sabroso que los metidos en este tan húdoso lazo suelen tener, y como quiera que sus cuitas y afanados deseos tan ásperos fuesen, no creais que el caballero entre las afrentas y peligros las tenia menores; mas como de Amadis, su padre, tantas y tales se hayan contado en esta grande historia, donde este ramo ó parte de su hijo sale, con tantos suspiros y tanta abundancia de lágrimas, si ahora de nuevo lo deste leal enamorado quisiésemos escribir, no deleite, antes gran fastidio, á los leyentes atraeria. Así, quedando las mas dellas en olvido, como cosa ya supérflua y demasiada, irá procediendo la historia en haceros saber cómo los grandes hechos en armas deste caballero pasaron hasta que la fortuna, enojada y cansada de le haber en lo uno y en lo otro tan cruelmente atormentado, le quiso poner el remedio, haciéndole alcanzar aquel sabroso fruto que sus muy grandes trabajos merecian.

CAPITULO L.

De cómo la gran fusta de la Serpiente, partida del puerto de Constantinopla, llegando cerca de la montaña Defendida, halló á Frandalo con toda su flota y los caballeros noveles como de Constantinopla habian partido, los cuales cuentan á Esplandian la prision de Frandalo y todas las otras aventuras que despues venido les habian.

Así como dicho es, estuvo aquella gran fusta de la Serpiente ante la gran ciudad de Constantinopla hasta la noche, con tanta furia, que ni para á ella allegar ni menos para della salir ninguno fué poderoso; pues la oscura noche venida, acogido el Emperador á su aposentamiento, y toda la otra gran muchedumbre de gente que le habia mirado, partióse la nave de aquel puerto, y navegando toda la noche y otro dia, siendo ya casi pasadas las dos partes dél, vieron á ojo á la muy fuerte montaña Defendida, que siendo por Esplandian y por el maestro Elisabat conocida, mucho placer y muy grande alegría sintieron en demasia. Pero antes que á ella con gran parte llegasen, hallaron aquella flota que ya se os contó, del muy fuerte Frandalo, donde con él andaban el rey de Dacia y Maneli el Mesurado, que del mismo puerto de Constantinopla partiera para aquel socorro, y porque la flota del rey pagano era tan poderosa, no habian podido hacer ningun daño en ella, y así lo habian hecho saber al Emperador, y aguardaban tiempo conveniente, el cual Frandalo sabia muy bien conocer, como aquel que en todas aquellas mares no habia quien le fuese igual, así en esfuerzo como para lo que en semejante caso se requeria hacer. Y quiero que sepais que al tiempo que los de la flota de Frandalo la fusta de la Serpiente vieron, que, como de cosa tan espantable y muy extraña, quisieran todos huir, creyendo que animal vivo fuese; mas conocida por aquellos dos caballeros el rey de Dacia y Maneli, y haciendo saber á Frandalo y á los suyos la verdad de lo que era, no solamente se aseguraron, mas hicieron por ello muy grandes alegrías, porque conocian en su señor la grande aficion que aquellos caballeros le tenian y con qué voluntad y deseo querian hacer aquel socorro. De donde pode-

mos notar un muy grande y señalado ejemplo. Este Frandalo que oistes, de su nacimiento fué pagano, y así lo eran aquellos donde él decendia; y todos sus servidores, que muy grandes cosas le ayudaron á ganar, no teniendo otra ley ni otra vida sino la que sus antecesores tuvieron, trabajando y muriendo en aquellas cosas que á su señor mas agradables eran. Como quiera que en la flota algunos hombres trajese mas por fuerza que por voluntad dellos, como dolencia muy antigua que en las mares se acostumbra; y porque este Frandalo, constreñido por fuerza de le ser la ventura contraria, por la gracia especial del muy alto Señor, que muchas veces, sin que nuestro flaco saber lo pueda alcanzar, es enviada en aquellos que al parecer de todos mas enemigos son de su santa ley, fué tornado en la ley de la verdad, y aquellos sus hombres, sin mas doctrina, sin mas informacion de lo que se suele hacer para convertir los errados, dejando aquello con que nacieron, aquello que por verdadera ley tenian, aquello que á sus parientes y amigos veia sostener, como que con ello sus ánimos se salvaban, luego las voluntades las obras volvieron, y se tornaron en seguir y amar aquello á que su señor se habia vuelto, con tanta aficion, que siéndoles dicho cómo aquella gran fusta era de Esplandian, el mayor enemigo de los paganos que á la sazón entonces en el mundo se levantaba, la misma alegría que de la ver á su señor Frandalo ocurrió, aquella mesma les vino á ellos por seguir su buena voluntad.

Pues ¿qué diremos aquí, cristianos? Si estos por seguir á un hombre pecador tan súpitamente fueron á la fe de Cristo convertidos, ¿qué haremos ó qué debemos hacer nosotros, sabiendo cómo aquel verdadero Dios, por nos dar buen ejemplo, por nos dar y mostrar la verdadera ley, en que nuestras ánimas salvarse puedan, vino en el mundo, no solamente á enseñar, mas á obrar todo aquello que para nuestra bienaventuranza nos dejó? Padeciendo hambre, padeciendo frio, y otras muchas fatigas y grandes injurias, hasta consentir en el cabo ser puesto en la cruz con infinitos y muy grandes y crueles tormentos. Y desto todo, á nosotros, que suyos nos llamamos y su nombre tenemos, ¿qué nos queda? ¿Quédanos por ventura ser convertidos y vueltos en seguir sus santas obras, como aquellas gentes de Frandalo seguian las suyas por le agradar y contentar? Ciertamente creeria yo que no; porque si este Señor, nuestro Redentor y Salvador, vino con mucha humildad, nosotros, tomándolo al revés, somos de nuestro grado y voluntad sojuzgados de muy gran soberbia; y si él vino descalzo, desnudo, sin ninguna codicia, nosotros, por poder alcanzar los bienes temporales deste mundo, que él tanto desechó y mucho aborreció, ciegos, perdidos, trabajando muriendo, andamos todo lo demás en contra de sus amonestamientos, y creyendo con ellos alcanzar algun descanso, alcanzar alguna libertad y alcanzar contentamiento, cuando ya los tenemos, muy mucha mas fatiga y trabajo, muy mucha mas codicia cada dia nos sobreviene, y lo que peor es, que en lugar de nos hacer libres, nos hacemos captivos y sujetos por los aumentar y acrecentar, ó sostener de aquellos que como nosotros están captivos; por donde sin duda podemos firmemente creer que aquel nuestro Señor y Re-